

E. Rodríguez Mendoza

“Oro de Indias”

LA CABEZA DEL VIRREINATO



Sobre el tejido aymará que cubre la mesa de trabajo, cae esta vez un lingote de oro que lleva estampadas las carabelas del Descubrimiento y como orla, orquídeas de la zona tórrida, vicuñas pintadas de nieve, peces que huyen mordiendo una perla, tortugas acorazadas de carey embebido en luz... Es la carátula de la obra que acaba de agregarse a los grandes libros escritos en Chile.

Se dobla la fastuosa hoja liminar y aparece la empingorotada cabeza del hombre de choque que es Chocano, por más que su apellido afirme rotundamente lo contrario. Ahora, los años y las aperreaduras han pintado dos alas blancas sobre las sienes y entre ellas ha quedado erguido un copete negro y cyranesco. Es el poeta pintado por Lopez Mezquita para The Hispanic Society of América.

Lo conozco desde hace la friolera de treinta años y cuando él hacía contorsiones cívicas en «Iras San-

tas», yo dejaba caer unas gotas de absintio, administradas por Rubén Darío, en la copa desbordada de los veinte años.

Chocano—cuyo apellido niega su sino de lucha y cuyo nombre de pila es de una burguesía mansa y sedante—, nació en Lima, lo que no se consigna por amor a la historia de fe de bautismo, sino porque la sede y el momento en que el futuro portalira lanza su primer berrido, moldean su personalidad, que en un sentido es la concreción del ambiente indoespañol y en otro, la inquietud incesable del hombre sacudido por todas las pasiones y alcanzado por todos los dolores. Chocano es una alma saturada con los atavismos de la época de gran estilo en que Balboa acuchillaba al Pacífico y en que Pizarro, el porquerizo trujillano, se tallaba un imperio.

En la ciudad abarrocada anterior a los remozamientos de hoy, había ambiente con qué modelar un poeta de estirpe tradicional, sin dejar de ser el hombre con los nervios al aire de estos tiempos que nadie sabe hacia qué trayectoria se inclinan. Y sabe Dios si por carecer de un ambiente peculiar, una gran parte de la América está negada hasta ahora para la creación propia y, en consecuencia, condenada a la desorientación, pasando de un reflejo, de una moda, de una influencia inestimable a otra.

No era ese el caso de esa ciudad tibia, laboreada y andaluzante que primero fué cabeza de Virreinato; en que después se acuchilló el caudillismo postemancipador

y hasta la cual llegó un día la guerra en grande. Ahí, por consiguiente, podía aparecer algo fuertemente personal y que iría por el gran teatro del mundo llevando sus cantos y sus pasiones hasta la hora del enterratorio. Sólo lo formado por lo tradicional podrá producir algo propio y que no sea vidrio verde en vez de esmeralda de Muzo.

De 1530 a 1535 la villa embrionaria acampa tras un bastión plantado en el valle de Jauja y después pasa a consagrarse en Lima, tomando el alto nombre de ciudad de los Reyes. Y, en prueba de ello, estampó tres coronas en sus armas. Agréguese, en seguida, el séquito fastuoso y pintoresco: nobles de abolengo e hidalgos de gotera; oidores, alcabaleros, factores, arzobispos, obispos, canónigos; santos teólogos y santas inefables; universidades salmantinas; inquisición, inquisidores y quemadero; dominicos y franciscanos; monasterio de la Encarnación, fundado por doña Mencía de Sosa y monasterio de la Penitencia fundado por el marqués de Cañete. Además, puertas de cuarterones; estocadas de encrucijada y horca y picota en las plazoletas con Cristos de hornacina... Es Lima la virreina y fué tan vasto su Virreinato, que alcanzó para tres: el de Pizarro, el de Santa Fe y el de Buenos Aires. El primero era especialmente protegido de los Reyes y para no ser menos que Avila la teresiana, cercó su capital de una muralla de adobes; pero armada de treinta y cuatro baluartes.

He ahí el telar en que la tradición tejería su rico tapiz, en el cual no faltan las hilazas de oro.

Físicamente, a su vez, hasta Lima llegan los celajes del trópico; se trepa a las montañas y se alcanza la región de las nieves perpetuas; se avanza al interior del Continente y se arriba jadeando, a las «tierras mágicas», la región en estado de génesis en cuyas arterias fluviales viajan las garzas afirmando las patas de jade en la caparazón recamada de las tortugas. Lima es una portada de azulejos alicatados puesta en la cercanía del cromatismo tropical.

La tradición y el ambiente, formando un determinismo mental y material evidente, tenían que producir y produjeron el poeta continental de las «tierras mágicas» y del Virrey moceril que pasa mirando a la cartagenera con sus quevedos de carey. A ese poeta lo cogerían después la vida y la tempestad, reviviendo en él a los andariegos que partían de la Jácara picaresca para tallarse un imperio en lo desconocido.

Nació en Lima y en caso de haber nacido en tiempos de Indias, habría visto la luz en Extremadura, en Trujillo, en cuya plaza mayor hay ahora un Pizarro visionario representado en el momento de partir de sus berrocales cabalgando una bestia crispada, como él, y que se encabrita levantando verticalmente los remos delanteros. De ahí se partía con lo puesto y movido por dos fuerzas electromagnéticas: la fe y la codicia. Luego, se tramontaban las sierras vertebrales de Guadalupe, Montánchez, Pedrosa y se estaba a orillas del

Guadalquivir en cuyas aguas esperaban los galeones que partían hacia la tentación del Nuevo Mundo: traían a los extramuros del planeta lo más rico y movido de la Península y volvían con el quinto del rey, extraído de Jauja, Potosí o el Dorado...

EL CAMPO SE FLORECE DE ADELNAS

Un día sobre el cual ha ido cayendo medio siglo de años, los montes que costean la capital y que no conocían más ruido que el de las olas eglógicas que llegaban en son de amorío hasta sus faldas de seda, parecen ahuecadas por los estampidos y en sus repechos se encienden las banderas, las bayonetas y las espadas y el arenal gris del Morro Solar y del San Cristóbal se florece de adelfas... Es la guerra; sigue avanzando; entra a sangre y fuego a Miraflores y después de combatir bravamente, la Virreyna cae en poder de su adversario de entonces. Se oyen tambores, redobles, rodar de cañones y tropel de caballería. Es el ejército vencedor...

He ahí una serie de impresiones lacerantes e indelebles que toman el alma transparente del muchacho que entonces corría azorado por soportarles, pórticos y altosanos. Impresiones y escenas de gran dolor, que contraen prematuramente el ceño del niño, convirtiéndolo en hombre. Y como un desastre no queda nunca solo y sin consecuencias, tras la guerra exterior aparecieron las contiendas civiles. No tarda en combatirse en las cer-

canías y luego en las calles de la ciudad y «el tuerto Cáceres», soldado indomable, entra a bayonetazos a Lima. El suelo desgarrado sigue temblando. En el alma del niño, ya hombre, estalla la tormenta; aparece el poeta expugnatorio de «Iras Santas» y los versos del sagitario juvenil se estrellan sonoramente en pórticos y travesías haciendo saber que en la ciudad nobiliaria había aparecido un poeta amasado con la grandeza del pretérito y la pesadumbre del presente. Se apodera de él en forma ululante el espectáculo de las luchas y las miserias internas y se destaca desde el primer momento el combatiente marcado en lo más íntimo por los años terribles. No aparecía el poeta de «Alma América» ni veía aún la selva llena de gérmenes; ni los ríos aórticos enjorados de orquídeas y víboras. Pasarían las «Iras», que siempre pasan aunque se auto califiquen de «Santas»; llegaría la plenitud lírica y sólo entonces vendría a unirlo el panteísmo poderoso de las «Tierra Mágicas» en que reaparece el fausto de los Incas chapeados de oro; la fuerza y la rudeza de lo castellano y el encanto provincial de la Colonia.

AMERICA COSMICA

Estaban de moda a la sazón las madamerías decadentistas y empezaban a introducirse en lo indoespañol ninfas y sátiros efusivamente primaverales; hadas envueltas en el velo solar de la reina Mab y gnomos contrabandistas que escondían en la barba de

vellón los diamantes azules y las perlas negras... Darío, evadiéndose de lo americano, se sentía seducido por todas las formas de la imitación francesa: los retratos nacarados de Watteau o Fragonard; los sátiros amaestrados por Catulle Mendès; las frondas estivales en que, en vez de «llamas» y vicuñas, correteaban los centauros de caramillo al cinto persiguiendo ninfas de melnita al oxígeno o emperatrices chinas sustraídas de las colecciones de «L' Maison d'un artiste», de los hermanos Goncourt. (1)

Chocano admiraba a Darío, renovador incuestionable que arrancó lo español de su empolvado confinamiento en lo quintanillesco. Darío perforó los Pirineos, dejando pasar lo francés a la Península que prefería lo arcaico a la camelote de boulevard; pero el poeta de «Alma América» quería al ilustre nicaragüense sin dejar de buscar su camino, prometiendo arrogantemente abrir-

(1) «Les reminiscences que l'inspirent sont très nombreuses—dice Paul Groussac, citado por Erwin K. Mapes en su «Influence Française dans l'oeuvre de Rubén Darío»—; tant de gens passent sur son chemin que les traces se confondent et comme disent les muletiers: «la piste est effacée»...

Darío—dice Antonio Aita en «Literatura y realidad americana», que aún no conozco sino en síntesis de prensa—, nada tiene que ver con nuestra América. Fué un poeta extraño en absoluto a las preocupaciones de nuestros pueblos. Por un accidente físico, el de su nacimiento, es por lo único que podemos considerarlo americano».

selo si no lo encontraba... Pondría, pues, música lírica a la fauna, la flora y la historia indoamericana y sería imposible meterlo en un Versalles de cartón piedra y dejarlo embobado ante las princesas tristes; los pavos reales; la marquesita Rosalinda; la hada armonía o el coloquio de los centauros... No quería ser fauno versallesco y contentarse con llevar entre los labios un racimo de uvas champañescas cogidas en las parras de Reims. Nada de ninfas, en una palabra, ni de marquesitas «muy siglo XVIII». El poetazo empezaba a ver otra cosa, inaudita e inédita: el trópico, denso y centelleante; el barroquismo virreinal, trasportado por él a lo permanente, amén de otros motivos que a Dios gracias no es posible transponer del Viejo al Nuevo Mundo.

Al salir de su tierra, el poeta se metería hasta la aorta en lo original; penetraría lira en mano en la zona nefasta de las convulsiones inocuas y sin fin; y en una de esas incursiones por lo inflamado, por poco lo fusilan, dejando sin troquelar los rimeros de oro que Atahualpa entregó estúpidamente a Pizarro. Recorre el gran anfiteatro recalentado por el trópico y la América cósmica empieza a centellear ante sus ojos. Es verdad que algo de eso ya había sido rimado y dicho por otros que llevaban un frac pasado de moda y una lira encordada en palo de hacer marquitos de salón... La América de Chocano sería otra cosa y desde sus primeros toques de trompeta pudo verse que sus versos serían el paisaje intocado en que hay perlas multicolores cogidas entre los

dientes por hombres de bronce y en que las tortugas de carey con que hacen relicarios o abanicos, parecen un topacio puesto al sol.

ESPAÑA AL TRASLUZ

Después de su primera exploración por la parte meridional del Continente, Chocano vuelve a Lima, paladeando la ovación. Le habían nacido grandes bigotes, como los del capitán del velero empavezado que lleva la canción; lo había aclamado cálidamente todo el trópico y empezaba a sentirse capaz de sinfonizar el paisaje, emboscado en lo inédito, en que un día resonaron los hierros y los alaridos de la Conquista; en que después se labró la heráldica de la Colonia; en que crujió la seda floreada de las virreinas y en que pasaron las literas pintadas «con algo de tálamo y féretro a la vez».

Bien. Pero había que reexportar todo eso e ir a proyectarlo a modo de tapiz en los muros del Escorial; en las murallas de Avila; en las piedras doradas de Salamanca. La peregrinación a la Península que es una gigantesca acumulación de historia y de espíritu, era, pues, esencial para la estética chocanesca, la cual es fundamentalmente lo hispánico transportado a otro medio físico y diluyéndose por medio de proliferaciones sucesivas en otros elementos étnicos. He ahí la razón de su originalidad personalísima y la cual rechaza orgullosamente toda imitación porque va tras los valores, cada

vez más escasos, de la creación propia. Pero lo autóctono tiene que saturarse del pasado hispánico y sólo entonces en el caso concreto de Chocano, encontraría el cuño definitivo su oro de Indias. En efecto, el Nuevo Mundo hay que observarlo poniendo al trasluz la Península y ésta debe mirarse colocando a la América como culminación suprema de la trayectoria castellana en el universo y en la historia.

Allá fué, pues, Chocano. Allá nos divisamos en 1905 y como el Virreinato del Perú y la Capitanía general de Chile estaban entonces como el perro y el gato, nos miramos como beligerantes en territorio neutral. Entrábamos ambos en la vida y nos sumergimos ávidamente en la Península para oír el idioma auténtico y rastrear el espíritu traído al Nuevo Mundo por el país que nos incorporó a la vida universal. Y en cuanto a aquellos tiempos, llamados de la generación de 1900, primaban el pesimismo, la abulia, el «¡a mí qué!» de los pueblos y los individuos de vida muy llena. Peroraba Joaquín Costa y paradojeaba Unamuno; pero, a fin de que no todo fuera murria, posturas y pesadumbre, se salpicaba de sangre toruna la capa escarlata de «Bombita»; en el Salón de actualidades, sito en plena aorta madrileña, bailaba Pastora Imperio, empavesando de claveles sus diez y ocho años; Rosarito Pino imitaba a Leonora Duse en el Teatro de la Princesa; triunfaba, sobre todo en el teatro clásico, María Guerrero; teatralizaba Benavente; pintaba Sorolla con grandes pinceladas velazqueanas; repujaba Darío sus «Cantos de Vida y de Esperanza»

y Alfonso XIII, enamorado, estrenaba sus primeros automóviles.

Un día llegó uno de los González Blanco a participarme que Rubén Darío acababa de llegar de la playa donde había ido a refrescarse, mirando el Cantábrico. Corrimos a verlo y lo hallamos instalado en un colmado de la calle de las Hileras, en compañía de una botella de cognac y de uno de sus admiradores menores, llamado Fabra, si no recuerdo mal.

Otro día llegó Francisco Acebal, novelista, dramaturgo y editor de los Clásicos. Iba a invitarme a la velada fúnebre en honor de Navarro Ledesma, autor de un libro delicioso sobre la gloria y el hambre; la pasión y la muerte del pobre Cervantes, el cual, dicho sea de paso, suplicó, besando la mano o el pie al Consejo de Indias, que se le concediera la contaduría del Nuevo Reino de Granada; la de las galeras de Cartagena de Indias; la gobernación de Soconusco en Guatemala o el corregimiento de la ciudad de La Paz. —«Busque por acá en qué se le haga merced y vaya usted con Dios»— ladró la contestación de Núñez Morquecho.

Cambiamos la velada del Salón de actualidades por la celebrada en loor de Navarro Ledesma, al cual acababan de dar tierra en el pudridero de la Almudena, y nos sentamos con Acebal, enfocando de frente el escenario del Ateneo. Se levantó sigilosamente el telón y en vez de los grandes ojos de la gitanilla, aparecieron los grandes bigotes a la cera perdida de don Segismundo Moret, ex presidente del Consejo. Esa noche estaba

de turno en el Ateneo y tenía a su diestra otros grandes mostachos, los de Chocano. Habló don Segismundo, en forma indigna, del Segismundo de «La Vida es Sueño», y no sé con qué motivo trajo a cuentas las ya desplumadas golondrinas de Bécquer... Se sentó, por fortuna, el señor Moret y Prendergast, cogiéndose con ambas manos sus bigotes de conde-duque de Olivares, y avanzó Chocano hasta las candilejas, en medio de un silencio y unos murmullos escalofriantes... El público creía que iba a colocársele un trompeteo chimboracesco y se «escamaba» con tiempo. El poeta principió a hablar con la voz cantarina de los sudamericanos, y por mi parte no habría deseado estar en su epidermis; pero el silencio empezó a cambiarse en atención cada vez mayor, y muchos asistentes se acercaron al proscenio, agrandando las orejas con las manos, para no perder una sola sílaba de aquella sinfonía estupenda, que no era algo quintanillesco ni mucho menos, sino la «Alma América» vista a través de la España de los Austrias, la Conquista y la Colonia.

Chocano esparcía, a manos llenas, el oro de Indias; rescató a Atahualpa, porque aportaba algo inédito y extra peninsular, y el silencio hostil de esa velada se hizo primero atención anhelante y luego ovación mayor: Chocano había tomado magistralmente la «alternativa» y quedaba consagrado primer espada. Intensamente pálido, embutido en su levita negra y flanqueado por sus bigotes de mosquetero, agradecía, llevándose la mano al corazón emocionado, como el caballero del Greco.

Eché a un lado las pequeñeces de la beligerancia en que entonces vivíamos peruanos y chilenos y en Chocano aplaudí a «las Américas».

ATAVISMOS LEJANOS. ASUNCION DEL POETA

De España, donde acababa de acuñar los primeros cóndores de su oro de Indias, Chocano retornó trayendo un concepto integral de la Península y lo español.

Dió comienzo a su segunda y arriesgada campaña de América y se mezcló con los caudillos típicos—telúricos, diría Keyserling—, que quieren remodelar al indio, cayendo pistola en mano sobre las supervivencias, todavía patentes, de «encomiendas» y repartimientos y el hombre hosco y sin sonrisas que no jugó de niño, «se retorció entre hierros y erró por las prisiones»... Repuntaban los atavismos lejanos y reaparecía en él el tipo combativo y cesarista que en los años de la fundación habría estado—como si lo viera—, con Gonzalo Pizarro contra Carlos V y contra La Gasca, y en una de esas, faltó muy poco para que, a pesar de los kilates de su oro nativo, lo pusiera con la espada contra el muro uno de esos caudillejos que andan llenos de bordados y sentados en unos cuantos yataganes. El Nuevo Mundo en cuerpo se conmovió hondamente y el mismo Alfonso XIII, a cuya novia magnífica había ofrendado un soneto digno de Garcilaso de la Vega, intervino gentilmente para salvar la vida de su colega, el rey del verso indoespañol.

De regreso de la aventura, Chocano vuelve a entrar arrogantemente en «la vetusta casa colonial».

Gobernaba a la sazón el recio autoritarismo del último Virrey—Leguía—, y el gran dictador coronó al gran poeta en medio de una fiesta apologética:

La ciudad de los Reyes—dijo—, me ha mandado poner en vuestra frente un símbolo de apoteosis.

El laurel de oro virreinal abrazó la frente en que empezaba a caer la nevasca de los años y Chocano, trofeo de heridas y retablo de dolores, se irguió galvanizado por un escalofrío demoníaco y aceptó los atributos reales con gesto huguesco:

«El Perú debe ufanarse de la corona de laureles que ciñe a su poeta, tanto como se engríe de la de espinas que ajustara las sienes de su santa, pudiendo reposar sobre la seguridad de que la de espinas y la de laureles, la de Cristo y la de Apolo, son las únicas que no han caído ni caerán jamás».

He ahí el grito victorioso e inaudito prevaleciendo, durante un breve interregno de bienandanza, sobre tantos y tantos años de dolores sin cuento.

Pero la diatriba no perdonó ese triunfo reparador: atisbaba, se mordía la lengua y se retorció las manos mojadas por el sudor frío de la ira..... La sangre saltó de golpe a la aorta congestionada; cayó muerto el agresor; el drama cruzó otra vez el camino desolado del poeta, y, entre el fulgor de los laureles, apareció de nuevo el estigma de las espinas.

Comprobada la legítima defensa, el vate errante se alejó de la ciudad, tan vieja y noble como hermosa y apasionada.

EN BUSCA DEL ORO EN TINAJAS

Sabía que estaba aquí y quería verlo; pero como Santiago del Nuevo Extremo se ha puesto a crecer para todos lados, desparramándose, no había dado con Chocano. Al fin lo divisé sin que me viera. No lo veía desde la velada aquella. . . Treinta años durante los cuales han desaparecido los bigotes que la noche ovacional se estremecían al paso solemne de la elegía del órgano Constaté que el tranco ha perdido la allure mosqueteril; pero la cabeza retadora sigue erguida como para recibir una cuchillada o una nueva corona acuñada con oro de Indias. Cruzaba bajo los aleros gotosos de la Posada del Corregidor y parecía venir directamente de las primeras «Leyendas y Tradiciones» de Ricardo Palma. Tocaban en sus torres color sayal las campanas dominicas y el sol de anohecida doraba los últimos mojinetes de la barriada todavía indemne del cemento, las construcciones cubistas y los auto-parlantes.

El poeta se detuvo un instante y echó un mirotazo circular, mientras yo comprobaba la veracidad del símil con el albatros baudeleriano que acababa de hacerse en un hermoso *entrefilet* periodístico:

« Exilé sur le sol au milieu des huées,
 Ses ailes de géant l'empêchent de mar-
 [cher ».

Sí y no; pero tal vez estaría más en carácter arribando a la « Posada de la sangre de Cristo », en que Cervantes fué a buscar a Galatea . . . Arribando causadamente con calzón corto; capa con la cruz de Compostela; greguescos, chambergo con pluma flamenca y espada de cazoleta, templada en el Tajo, de las que se llan con el pomo y marcan o matan con la punta.

Hizo calderón en la plazoleta; avanzó hacia el río y, seguro de que nadie lo observaba, empezó a dar pasos de nigromante . . . Los contaba, luego golpeaba el suelo y, en seguida, escuchaba esperando que le respondiera el áureo endecasílabo de las tinajas llenas hasta la boca de onzas narigonas. Buscaba un entierro; empezó en grande la faena; se removieron subterra todas las leyendas del Santiago antiguo; en la plazoleta en claro-oscuro volaban a estrellones los trasgos, los duendes y las lechuzas, herencia de la Metrópoli y la Colonia; echaron chispas las picas y los chuzos en la excavación nocturna y los hampones y los vagos de la picaresca santiaguina, abrieron la tarasca, encendiendo en sus tarros la vela de ánimas en pena . . .

La faena duró muchos días, sin que nunca aparecieran las tinajas de la soñación, muy limeña y muy sevillana. Nunca . . . Chocano cruzó de nuevo la plazoleta a que hay que llevar de visita a la Quintrala y al

Señor de Mayo; no encontró ni encontrará el oro soterrado en la tradición desde que, para huir de Osorio y San Bruno, se enterraban en una tinaja talagantina las onzas, la plata de cruz, los rosarios y las arracadas de perlas... Su entierro está más a la vista y es más rico: lo lleva él mismo y, cegado el hoyo junto al río en que escarbaba, el poeta se encerró a macha martillo y empezó a batir oro puro, es decir, del que en tiempos de Indias se acarreaba hasta la Casa de Contratación. Dios le dé tiempo para acuñarlo todo,—no sería más el que el pobre Atahualpa dió a Pizarro—, entregando a nuestros países un tesoro inestimable, porque se trata de valores estéticos sobre los cuales no hay modelos que copiar o trasponer.

Santiago, Setiembre de 1934.